

«Alfonso, que posee por herencia
De Aragon y Sobrarve la corona,
Si dais á sus mandatos obediencia,
Vuestro perdón y su amistad prego;
Si de Reiner amastes la violencia,
Perdona el yerro, y el amor abona
Por cuyo medio solo sustentastes
Sus armas atrevidas, que ayudastes.

»Por ley forzosa de adopcion llamado
Está de vuestro imperio dividido,
Que ya de injustos dueños ocupado,
Rebelde al propio sin temor ha sido;
Si no aprovecha haberos perdonado,
Para el castigo viene prevenido;
Que donde pierden su razon los reyes,
Las armas entran á vengar las leyes.

»Naves del mar y gente de la tierra
Publican destas piedras el estrecho;
Dejad las fieras máquinas de guerra
Que el bien se ofrece en su piadoso pecho.
De la querida patria le destierra
La paz de todos y el comun provecho;
Abrid las puertas, derribad los muros,
Que sin defensa vivireis seguros.»

«Calló la gente indómita, que estaba
En torres, baluartes y traveses,
Que el arrogante Zoppo gobernaba
Con premio de sus fuertes milaneses;
Y Espinola tambien, que militaba,
Guardando fe inviolable á los franceses,
Cuando por todos Zoppo fué el primero
Que respondió, diciendo al mensajero:

«Decir al Godo sin tardanza puedes
Que si el esta ciudad nos entregara
Y Anjous en sus domésticas paredes
Las vencedoras armas levantara,
Que al bárbaro castigo de Diomedes
Con manos vengativas igualara,
Teniendo en sangre aleva aquestas piedras
Que agora lamen ambiciosas hiedras.

»Y siendo así, piadoso solicita
De tantos pechos la comun afrenta,
Y á sus gloriosos simulacros quita
La honrosa fama del olvido exenta;
A injusta mengua su piedad incita,
Y de la guerra rigida que intenta,
Buscarse debe en el suceso vario
La muerte, y no la infamia del contrario.

»A los antiguos muros de Gaeta,
No de sus fuertes máquinas dehiende
De piedras duras amistad secreta,
Que sus robustos ánimos ofende,
Sino lealtad severa, que interpreta
Tan contra si sus leyes, que pretende
Librar, eternizando nuestros pechos,
De injustos dueños sus paternos techos.

»Ni el cerco es grande, que tan solo tiene
Cercadas estas piedras mal compuestas,
Pues la osadía justa no detiene
De tantas vidas á morir dispuestas;
Tal cerco á tal valor solo conviene,
Porque si están sus armas tan opuestas,
No importa, que si está la fe cercada,
Cuanto mas enemigos mas guardada.

»Al gran Alfonso holgara de rendirme,
Por ser temido principe piadoso,
Y por querer benigno recibirme
Y reducir mi gente á mas reposo.
En pago desto quiero atribuirme
Dejarle á las edades mas famoso,
Siendo mayor victoria conquistarme
Que la que puedo dar con entregarme.

»Al fin decirle puedes que la fuerza
Suele valer á falta de concierto,
Y pues por armas su partido esfuerza,
Que libre está el asalto y descubierta;
Y cuando el pecho con promesas tuerza
La fe rendida y el esfuerzo muerto,
De mi será forzoso que se guarde,
Pues siendo su contrario fui cobarde.»

Con tal respuesta, injusta y no esperada,
El campo mide el joven mensajero,
Y luego que de Alfonso fué escuchada,
Sus armas piden el asalto fiero;
Y con soberbia furia apresurada
De los ferrados cuernos del carnero
Bajaron, como vieron los troyanos,
Sus altas piedras á besar los llanos.

El duro bronce en tímidas vislumbres
Robaba la corona de los muros,
Que no se ven de las confusas lumbres
En sus antiguas margenes seguros.
Su niebla vuelve en las alegres cumbres
Los verdes lejos pálidos y oscuros;
Vistióse de humo la vecina selva,
Sin que á ser verde con el aire vuelva.

Mirando Alfonso el riesgo conocido,
Licencia dio á la furia, y al momento
La gente, con el miedo despedido,
Embiste con furioso movimiento.
El polvo incierto al aire detenido,
Tiranamente le ocupó el asiento,
Y cuando su furor la injuria oprime,
Las piedras temen, y la tierra gime.

De Pedro admiran ánimo y presteza,
Y la espantosa pena dividida,
Testigo fiel que ofrece su tristeza
Al muerto dueño de la misma vida,
Dejando la cerviz de su aspereza,
En tres distintos montes repartida,
Y en piadosas ruinas desatada,
Fué del Calvario imitacion sagrada.

«Cuál del que va adelante quiere asirse,
Cuál asido del otro se desata,
Cuál tienta el escalon sin desasirse,
Cuál sin pensar se atreve y se recata;
Cuál vuelve á porfiar por no rendirse,
Cuál su valor le anima y le maltrata,
Cuál arrastró su amigo compañero,
Cuál no subió que arremetió primero.

Y la cercada gente que á porfia
La indómita contienda sustentaba,
Ya en el furor sin limite crecía,
Ya las dudosas armas retiraba;
El desigual suceso detenía,
Osaba el miedo y el valor dudaba,
Que en la confusa noche de la guerra
Su mismo oficio el animoso yerra.

«¿Qué heridas fieras, crudas estocadas
Y golpes que mataron por inciertos!
¿Cuántas cabezas rotas desarmadas
Y pechos entre mallas descubiertos;
Cuerpos sin piernas, piernas destroncadas,
Brazos sin manos, palpitantes muertos,
En quien la furia del violento tiro
Dejó en el cuerpo el último suspiro!

Haciendo al hierro generosa injuria,
Enrique sus ofensas atropella,
Y excede la violencia de su furia
Del vengativo rayo la centella.
Tambien la gente que el humilde Turia
Los muros besa de su patria bella
Sus atrevidos pasos acompaña,
Y entrambos juntos el valor de España.

«Cuál suele de Nemeya en los collados
La generosa bestia fatigada
Buscar los montes lóbregos cerrados,
Con fiera y animosa retirada,
Así viendo cerrar por todos lados
De espesas armas nube acelerada,
Los muros deja el celibero infante
Con tardos pasos y feroz semblante.

El viejo consejero, que apresura
El flaco asalto en tanta resistencia,
Esfuerzo nuevo respirar procura
En su atrevida, inútil diligencia;
Cansado entre las armas se aventura,
Dando á la edad el impetu licencia,
Mas no animó su gente, aunque renueve
El verde brio entre la blanca nieve.

Mirando Alfonso el desigual provecho
Y el osado vigor de sus contrarios,
Y como entre su mengua y su despecho
Fabrica el tiempo los sucesos varios,
Ardiendo en furia juvenil el pecho,
De adversa suerte efectos ordinarios,
Temiendo que su triunfo se dilate,
Retira las reliquias del combate.

Mostróse entre esta gente una guerrera
Bellísima, y tan dura y belicosa,
Que aunque matar con la heldad pudiera,
Su acero tiene á la hermosura ociosa;
Vibrando el asta su inclemencia fiera,
En esta batería peligrosa,
Vió de Gerardo la fatal espada,
Y hallóse por envidia enamorado.

«Creció de suerte el amoroso fuego
Por el secreto albergue de las venas,
Que en él turbó su general sosiego,
Fiándole al error de sus cadenas;
Ya poco á poco con piadoso ruego,
Ya con palabras de piedad ajenas
Llama y desecha al joven animoso,
Que roba sin oírle su reposo.

Ya finge hablarle, ya la voz retira,
Ya puede hablar, ya enfrena su locura,
Ya pierde el tino, ya su ser la admira,
Ya vive ardiendo, ya olvidado procura;
Ya todo es muerte, ya á vivir aspira,
Ya llora el mal, ya rie su ventura,
Ya cobra aliento, y cuando el bien aguarda,
Lo mismo que le anima le acobarda.

En tal estado pues se representa
El venturoso ausente inadvertido,
La ciega llama, la razon violenta,
La fe dudosa y el amor perdido.
Tomando al alma rigurosa cuenta,
Laura se esfuerza, animase el sentido,
Porque consiste á fuerza de razones
El seso y la locura en opiniones.

Salir al nuevo día determina,
«¡Oh ciego amor, oh peligrosa hazaña!
A probar del autor de su ruina
Juntas la fuerza y la piedad de España;
Y el blando error que de su pecho inclina
A injustas armas la piadosa saña,
La lleva entre sus máquinas sin arte
Con dulces pasos al rigor de Marte.

«Volviase la noche tenebrosa
A sus funestos montes enlutados,
Abriendo por la puerta perezosa
Confusa entrada al sol y á los cuidados;
Y Laura enamorada, licenciosa,
Los transparentes rayos y dorados
Suspensa aguarda, que salió por vella,
Porque es del alba su amorosa estrella.

Apenas se mostró, cuando salieron
De las robustas puertas destronzadas
Aventureros fuertes, que midieron
Con los antiguos filos sus espadas;
De acero impenetrable se cubrieron,
De escudos, de lorigas y celadas,
Y Laura entre sus armas parecía
Al planeta veloz, padre del día.

«Viendo el airado Alfonso que intentaban
Trabar contienda nueva en las primeras
Trincheas, que su puesto sustentaban
Al duro impulso de las huestes fieras,
Dió la temida señal á las que estaban
En la siniestra parte aventureras,
De suerte, que tuvieron los primeros
De las ferradas mieses los aceros.

En tal estrecho ardia la contienda,
Que el mas cobarde por vencer trabaja;
No se ejecuta golpe que no atienda
Quien le recibe á darle con ventaja;
Cual negra nube á la anual ofrenda
En agua espesa desatada baja,
Así salian arrojados dardos
De fuertes diestras y de brazos tardos.

«Cuando la hermosa Laura, que procura
Ver repetir la furia á su enemigo,
Sepulta cuerpos en la noche obscura,
De intentos locos natural castigo;
Mas del invicto joven la ventura,
De Laura el yerro y el suceso amigo,
De suerte los juntó, que el celibero
Apenas pudo acometer primero.

«Cual buen balcon, que si gallardo mira
Surcar el aire robador milano,
El aire mismo presuroso gira,
Que ayuda al triste fugitivo en vano;
Así á Gerardo, que á vencer aspira,
Probando Hesperia la intratable mano,
Al noble triunfo generoso parte
El fuerte rayo del sangriento Marte.

Halláronse tan cerca, que arremeten,
Perdido el miedo del comun sosiego;
Las armas con relampagos prometen
Centellas nuevas al celeste fuego;
Los caballos ardientes acometen
Con tal furor, con tal desasosiego,
Que apenas de sus puestos arrancaron,
Cuando frentes y dueños se juntaron.

«Atruenan de las armas el ruido
Con impetuoso y duro movimiento,
Cual suele entre peñascos el bramido
Del impaciente estrépito del viento,
Que en las constantes peñas resistido,
Robando el polvo del terreno asiento,
Traslada ciego con violencia presta
Los árboles del monte á la floresta.

«Así, batiendo á la turbada tierra
Con impetu y furor acelerado,
Suenan los golpes, trábase la guerra,
Tentándose por uno y otro lado;
El suelo gime, y en su seno encierra
Confusos ecos del furor airado,
Dando el acero en luces y arreboles
Al cielo rayos y á la tierra soles.

«A Laura dió tal golpe su guerrero,
Que á sus vislumbres tímidas salía
Entre las negras alas el lucero,
Forzosa sombra del cansado día;
Inútil fué del riguroso acero
La dura resistencia que tenía,
Habiendo herido con violenta palma
La espada el cuerpo y el amor el alma.

«Sobre la blanda arena dibujado,
Sin fuerza el cuerpo y el color difunto,
Se muestra aquel bellissimo traslado
De cuanto el cielo fabricó por junto;
Deja el veloz caballo fatigado,
Y del se arroja el vencedor al punto,
Cuando el despojo misero vencido
Le dice en los umbrales del sentido:

«Si basta una mujer de amor vencida,
Famoso capitan, para moverte,
Que muerta pide la cansada vida,
Que, siendo tuya le robó la muerte;
Deten la fiera espada inadvertida,
Pues cuando mas las animas á que acierte,
Con sangre propia tu rigor escribes,
Si el pecho rompes donde agora vives.

«Rendida temo, y si á rogar aspiro,
La ley de ser vencida no permite
Que envueltos en el último suspiro
Piedad y amor á un tiempo solicite;
Si entre mis tristes lágrimas espiro,
¿Será razon que su remedio quite
A un daño tan humilde, que pretende
Saber que su fineza no te ofende?»

«Yo cumplo con morir, tú con matarme;
Mira el furor con que mi vida tratas,
Y si ofendido quieres acabarme,
Por ley injusta sin razon me matas;
Y puede en mis desdichas animarme
La fugitiva muerte que dilatas.
Desate el hierro tan estrecho nudo,
Mas ¿quién podrá lo que el amor no pudo?»

» Aunque tu brazo en abundante vena
Mi sangre tan sin límite derrama,
La mengua vil de la desdicha ajena
Poco ennoblece tu gloriosa fama;
La airada mano vencedora enfrena,
Perdona, y quiere al que te ofende y ama,
Porque en el perdonar está la gloria,
Y es la piedad honor de la victoria.

» Campos de Hesperia, que os mirais bañados
De roja sangre y frágiles despojos,
Daldes sepulcro agreste, lastimados
Del lamentable fin de mis enojos;
No rieguen blancos mármoles helados
Ofrendas tristes de piadosos ojos,
Ni en ellos por memoria se levante
Forzosa admiración del caminante.

No dijo más; y con amargo llanto
Interrumpió el silencio mas piadoso
Que á humano pecho con debido espanto
Pidió jamás suceso lastimoso;
Y el fuerte godo, que calló entre tanto,
Viendo teñido en sangre el rostro hermoso,
Imitación del cielo, así restaura
La vida á un tiempo y el amor de Laura.

« Atónito, confuso, inadvertido
Callo y escucho, en tanto que me atrevo
A dar debidas fuerzas al sentido,
Que en vano agora lastimado pruebo;
Mas al fin digo con razon rendido
Que te ofrece y entrega un amor nuevo,
Una amistad eterna, que recibe
El ser del alma, donde alegre vive.

» Qué monte entre peñascos eminente
Tu llanto no midiera con el suelo?
Qué pecho helado del Idaspe ardiente
No derritiera su inclemente hielo?
Tuyo seré, guerrera, si consiente
Por ley piadosa y favorable el cielo
Que desta fe amorosa no divida
El lazo el tiempo y el dolor la vida.

Esto diciendo, el cuerpo levantaba
Herido y satisfecho, y al momento
Al cansado caballo le daba
Para llevarle al conocido asiento;
Mas ella, que su dicha recelaba
En las turbadas manos del contento,
Dudosa está, que en voluntad ajena,
Cual sombra al sol, el bien sigue la pena.

Tocar las vagas ondas procuraba
Con luz escasa el trabajado día,
Y de los altos montes se arrojaba
La obscura sombra de la noche fría;
La blanca luna apenas coronaba
De incultas peñas la cerviz sombría,
Cuando con fuga vil sus muros buscan
Los que la noche y el temor ofuscan.

Las duras puertas con soberbia altivas,
Que á Alfonso vieron desarmado y roto,
Reciben las reliquias fugitivas
Con popular y bárbaro alboroto;
Siguen las fuertes diestras vengativas,
Hasta que al rico antipoda remoto,
Con nueva lumbre de sus rayos bellos
Sacó del mar Apolo sus cabellos.

Las mismas armas que la luz primera
Vió compiliendo con su hermosa cara,
El tiempo con su alegre primavera,
La esfera ardiente con su lumbre rara,
Cubre la noche con su sombra fiera,
Y el mismo tiempo y la fortuna avara
Arrastran con infame pesadumbre
Luz, hermosura, primavera y lumbre.

Quando el forzoso sueño los sentidos
A sus secretas fábricas retira,
Y en las pintadas tiendas recogidos
El fuerte Enrique sus guerreros mira,
De los gloriosos triunfos prometidos,
Viendo suspenso el fin, gime y suspira,
Y al cansado caballo dió la rienda,
Que vió el principio y fin de la contienda,

Por una selva solitaria, obscura,
Por un lugar desierto, inhabitable,
Donde la muda soledad figura
Confuso miedo al corazón mudable;
No viste el sol su campo de verdura,
Y el murmurar sonoro y agradable
Olvida el viento, y con furor inclina
El duro fresno y la robusta encina.

A un bosque luego que miró vecino,
Tan fresco, que jamás sus hojas pierde,
Llevó el caballo á Enrique sin camino,
Antes que el indo torpe al sol recuerde;
Risqueño un manso arroyo cristalino
Su plata esparce entre la yerba verde,
Y con rumor alegre se presenta,
Rota en las piedras su carrera lenta.

El sitio umbroso sus corrientes bañan
Con el torcido desigual discurso,
Los árboles cerrados acompañan
Escondido del sol su eterno curso;
Las varias flores su poder engañan,
Prodigio el suelo en natural concurso,
Porque el sol, de no verte lastimado,
Persigue mas que influye al verde prado.

Si á las aves su lumbre se dilata,
Cantando llaman la dormida aurora,
Que viendo el agua de cristal y plata,
De envidia perlas en los campos llora;
En sus dorados lienzos se retrata
Al año desigual la hermosa Flora,
Sin tristes leños del invierno caño
Por las floridas manos del verano.

La rosa colorada y vergonzosa
En su nativo espino defendida,
La pálida mosqueta temerosa
De verse en mano rústica oprimida,
El lirio azul y la azucena hermosa
De su amarilla espiga dividida,
El jazmin, que agradece con su aliento
La blanda adulación del manso viento.

Rendido el celtibero al ejercicio,
La rienda presta á la derecha mano,
Y usando las espuelas de su oficio,
Pica al caballo fatigado en vano;
Y en breve espacio, á su quietud propicio,
El templo descubrió en el verde llano,
Que Dédalo fundó para memoria
De su atrevida y venturosa historia.

Fué consagrado al cazador de Delo,
En las hesperias márgenes de Cúmas,
Quando de Arcturo el intratable hielo
Pasó fiado en sus ligeras plumas;
Y del Tirreno, en el errado vuelo,
Dieron sepulcro al hijo las espumas,
Quando fué su osadía la primera
Que vió el oculto seno de la esfera.

El sucesor glorioso de Fernando,
Viendo tan cerca el fin de su jornada,
Deja el caballo suelto, procurando
Pisar la antigua cueva retirada,
Donde con sus oráculos tratando,
A dudosas respuestas consagrada,
Residió la Sibila, en quien emplea
Su antigua patria el nombre de Cumea.

Y agora en ella Alcimedonta vive,
De cuyo imperio el erizado averno
Mágicas leyes con temor recibe,
Y enfrena la soberbia del infierno;
Tal vez, cuando venganzas apercebe,
Desata su poder del llanto eterno.
Las negras puertas, y el Cocito mismo
Sus furias suelta del confuso abismo.

Del vario tiempo la aversión conforma,
Turba los aires libres y serenos,
Y en ellos nubes aparentes forma,
Que al miedo paren espantosos truenos;
Los montes y los árboles trasforma,
Y uniendo al fin sus ojos y venenos
Al hombre en su constante señorío,
Si no le fuerza, engaña el albedrío.

En pocos años y hermosura tanta,
No vió poder tan absoluto el cielo:
Si admira el rostro, la impiedad encanta;
Por bella y maga la obedece el suelo;
Y aunque tierna dejó la amada planta
Su madre Alcina, con infame celo,
Quiso que fuese á la beldad contrario
Su mágico poder hereditario.

Por ver el templo, injuria de los años,
Que sus violentas manos acobarda,
No siendo las ruinas desengaños,
Que en polvo envueltas la experiencia aguarda,
Y ver quién hace fabulosos daños,
Cuántos la edad en sus archivos guarda,
De aquellas cuyo horrendo ministerio
Hizo temblar el tenebroso imperio!

Cien brazos la gloriosa pesadumbre
De la cornija ocupa hasta la tierra,
Medida por geométrica costumbre,
Con ciento en cuadro igual la frente cierra,
Con esta proporción hasta su cumbre,
Ni el arte falta, ni el ingenio yerra;
Y el sol, por ilustrar sus chapiteles,
Los rayos de oro convirtió en pinceles.

Son diez las frentes: sus espacios cubren
De serpentín y mármol fabricados
Cartones varios, que á la vista encubren
El ser de opuestas piedras matizados;
Entre ellos las ventanas se descubren,
En cuyos cercos con buñil formados
De cuanto en breve espacio se dilata,
Los marcos eran de lucente plata.

Alcídes y Anteon eran la puerta
Del templo solo y límites ocultos,
Y así quedó la de marfil abierta,
Al vivo ser de los tallados bultos;
Con la moldura el arco se concerta
Entre alabastros cándidos y ocultos,
Siendo donde comienzan los umbrales,
De piedra la escalera, desiguales.

El átrio daba con vistosa muestra
En mosaico labor confusa duda,
Uniendo al viso la ingeniosa diestra
La bien formada con la parte ruda;
Mostrábase otra, puesta á la siniestra
Parte, que su labor divide y munda,
En la que da principio al viejo templo,
De osados hechos generoso ejemplo.

La nave cien columnas sostenían
De azul zafir y de cristal lucente,
Las basas y remates guarnecían
Las pródigas entrañas del Oriente;
Las candidas paredes componían
Felices partos de pincel valiente,
Cuya destreza en el escorzo y sombra,
La vista admira y el ingenio asombra.

Suspenso estaba el celtibero Marte,
Viendo paredes, techos y columnas,
Cuya excelencia, término del arte,
Descubren sus labores intortunas;
Luego siguiendo, vió por una parte,
La fe tirana de inconstantes lunas,
Demandando el mar con providencia cauta
En su primera nave el argonauta.

Luego la reina, autora de su daño,
Y el adultero toro desconforme,
El mezclado linaje por engaño
Y el espantoso sucesor biforme;
El ciego error, el laberinto extraño,
A su ingeniosa fábrica conforme,
Y Dédalo en el cóncavo lucente,
Admiración y engaño de la gente.

Tras esta Apolo vencedor se ofrece,
Vibrando el arco que el furor aprietta,
Y de la cuerda despedida crece
Con nueva fuerza la mortal saeta;
Y cuando el fiero monstruo se embravece,
Ministra á su rigor furia secreta;
El uno hiere, el otro se fatiga;
Fitón se atreve, Apolo le castiga.

A un monte se igualaban sus espaldas,
Y cada diente á una columna gruesa;
Tres cuernos le servían de guirnaldas,
De negro y verde era su piel espesa;
El ancho pecho y desiguales faldas
El fuego de los ojos atraviesa,
Y á la escama mudó del monstruo fiero,
De su aljaba las flechas y el acero.

Seguendo luego el mismo Apolo, mira
La hermosa Dafne enamorado y ciego,
Tan cerca ya, que en el cabello espira
Su aliento el pecho, y el amor su fuego;
Los brazos tiende al cuello, que retira
Honesta fuga al encendido ruego,
Y Dafne, fugitiva á sus amores,
Ligera pisa sin doblar las flores.

En otra parte, entre sus verdes cañas,
Vestido de ovas, desgrenado y feo,
Coronada la frente de espadañas,
Airado asoma el húmedo Peneo;
Enfrena su corriente en las montañas,
Sin dar tributo al robador Egeo,
Y vueltos mira de sus miembros bellos,
El cuerpo en tronco, en ramas los cabellos.

En frente mira el mar y el duro caso
A que su admiración espacio debe,
Quando del rojo Oriente al negro Ocaso,
A dilatar sus límites se atreve,
Siendo en las altas cumbres del Parnaso
Pirra y Deucalion, familia breve,
Del Tajo al Pó, del Ganges al Danubio,
Las últimas reliquias del diluvio.

La antigua enemistad, nuevos abrazos
Procura al ser, que su hacedor conforma,
Las duras piedras con eternos lazos
Se visten otra vez de nueva forma;
Levántanse cabezas, piernas, brazos
De bultos imperfectos, que trasforman
Nueva piedad por mano del segundo
Que vió sin gente y ambición el mundo.

La vista prendé y su discurso impide
El falso toro en la desierta arena,
Y el tardo paso, que engañoso mide,
Quando lascivas máquinas ordena;
Ya las postreras márgenes divide,
Ya vuelve atrás, ya rompe la cadena
Del mar, y entrega el premio á su vitoria,
Su fuego al agua, y al amor su gloria.

Medrosa teme la engañada Europa,
Siendo su nave el fugitivo toro,
El pardo cuello su dorada popa,
Y mar de Tiro el agua de su lloro;
La mano extiende por asir la ropa
De sus desnudos mármoles decoro,
Teme caer, y si el remedio traza,
Al encubierto robador abraza.

Turbó su paso una confusa lumbre
Que en la secreta cueva se le ofrece,
Medrosa por la tímida vislumbre,
Que apenas al silencio se parece;
O fue respeto ó bárbara costumbre
La breve claridad que resplandece,
Pues siendo á sus deidades consagrada,
Fué del temor sacrilega morada.

Los techos mal formados conservaban
Ruda labor entre la tosca piedra;
Las rústicas paredes adornaban
Escuras quiebras entre verde hiedra;
Dos lámparas pequeñas alumbraban
Del metal sacro, que en el fuego medra,
Un seno, que mostró entre ornatos viles
Que no es cristiano altar ni aras gentiles.

Viendo el lugar que religioso y pio
Fué del error antiguo respetado,
El nuevo Alcides con osado brio
Pisó su oculto límite vedado;
Quando del seno lóbrego y sombrío,
De aquel espacio cóncavo guardado,
Salió alegrando el aire una doncella,
Iris del miedo, y de su noche estrella.

Era su hermoso gesto como el cielo,
Cuando destierra el sol la sombra vana
Y el verde manto del florido suelo
Con blanca luz corona la mañana;
Suelto el cabello al avariento velo,
Que encubre aquella nieve soberana,
Cénida la cabeza de diamantes
Entre oro crespo y alas de volantes.

Y dijo: «Generoso descendiente
Del que fijó en las márgenes de España
Término al mundo y límite a su gente,
En cuanto el mar con insolencia baña:
Pues ver esta morada te consiente
El cielo, que tus hechos acompaña,
Lo que hay verás, si conseguirlo puedo,
Donde empieza el dolor y acaba el miedo.

«Dichosa fue tu vencedora mano,
Con quien la fe sus límites dilata,
Pues eclipsó del bárbaro africano
Las medias lunas de luciente plata,
Igual renombre gozarás ufano
Cuando glorioso vencedor combata
Tu invicto hermano en los soberbios muros,
Afrenta de sus príncipes seguros.»

Apenas la palabra postrimera
Salió vestida del fatal afiento,
Cuando con muestra alegre, verdadera,
El fuerte capitán responde atento:
«Oh verdad admirable, que pudiera
Deducir su divino nacimiento
De los principios vanos que solía
Fingir a su deidad la idolatría.

«Pasado ya el discurso miserable
De tan profijos años en la guerra,
Del fiero viento y mar inexorable
La injuria defensora de tu tierra:
Contemplo cómo el cielo favorable
La negra noche con piedad destierra
De tan largo trabajo y riguroso,
Porque amanezca el sol de mi reposo.

«Descúbreme el lugar triste y funesto
Donde entre horror y miserables prisiones
La antigua culpa y el error han puesto
Glorias, triunfos, lauros y blasones.»
«Como es posible le verás muy presto,
Le dijo, si a la empresa te dispones:
Descansa, y la región verás conmigo,
Donde viven la culpa y su castigo.»

Esto diciendo, por la cueva adentro,
A su compuesta habitación camina,
Y cuanto más se encaminaba al centro,
Cuál es su forma apenas determina:
La vuelta dieron, y ofreció al encuentro
Una cuadro, en labor tan peregrina,
Que el rico adorno de brocados era
Injuria de su fábrica primera.

Allí en un lecho del metal que cria
Al sol su padre en todo semejante,
La fértil cuna donde nace el día
En opulentas venas abundante:
Temiendo la materia que a porfía
El arte con la gloria se levante,
Con sutil y acordada diferencia
Mostraban su ingeniosa competencia.

Vió su descanso Enrique prevenido,
Y al sueño dió los miembros fatigados,
Prisiones agradables al sentido,
Y soñolienta fregua a los cuidados;
Quedó del peso natural vencido,
Con tan estrechos lazos y apretados,
Del fuerte encanto y del pesado sueño,
Que pareció entre tanto ó piedra ó leño.

Dormido en esta pesadumbre ociosa,
Vió que la Maga al lecho se llegaba,
Y asiéndole con mano poderosa,
De las calientes plumas le sacaba:
«Sígueme, Enrique,» dijo, y presurosa
El diligente paso aceleraba;
Siguióla sin moverse, y ¡tanto pudo
El grave sueño en el silencio mudo!

Por no pisadas selvas y serenas,
Una de ramas pálidas vestida
Vieron, de cuyos árboles apenas
Ligeras plumas hallarán salida;
Sientense entre ellos perros y cadenas,
Que con turbada desigual huida,
Los mal vestidos troncos azotaban,
Y con aullidos tristes se quejaban.

Suena también con movimiento leve,
Al triste son de las confusas hojas,
El abrasado viento, que las mueve,
Templado en fuego y miserables congojas;
Tal vez horrible a vomitar se atreve
La fiera boca sus vislumbres rojas,
A cuya luz los árboles sombríos
Sus negras frentes miran en los ríos.

«Obscuros iban por la noche muda,
Que el triste reino de silencio baña,
Y el tardo paso, que medroso duda,
Las fugitivas sombras acompaña:
El triste pensamiento que le ayuda,
Con ilusiones trágicas se engaña,
Y á veces ciñen las horribles lumbres
Las aguas con sus rápidas vislumbres.»

En la primera entrada del averno,
El llanto y los cuidados habitaban,
Que como moradores del infierno
Sus lamentables salas ocupaban;
De la vejez el perzoso invierno
La pena y la dolencia acompañaban;
El menester infame en otra parte
Vive, sin que el enredo del se aparte.

La falsa adoración, los propios daños,
Los tratos dobles, la amistad fingida,
Vestidos de llaneza los engaños,
La fe sin ley, la obligación sin vida;
La pretensión, tragedia de los años,
La injusta sumisión aborrecida,
Los chismes, los sobornos, la esperanza
Del que muriendo su remedio alcanza.

«Desnudas se descubren las mentiras,
Que pasan por lisongas ó verdades:
Lo que allá fue justicia, aquí son iras,
Las falsas rectitudes son crueldades.
No templa aquí la adulación sus iras,
Ni matan aparentes amistades;
Y si estos constituyen el profundo,
El verdadero infierno está en el mundo.»

Con fiero aspecto y formidable ceño
La muerte y el trabajo residían,
Y por pariente de la muerte el sueño,
A quien sus falsos gustos divertían;
Luego a la guerra, inexorable dueño
De tantas vidas, con temor servían
La ira, la discordia, el mal, la furia,
La ciega rabia y la violenta injuria.

En medio tiende sus ancianos brazos
Un olmo antiguo, rústico, sombrío,
De quien los sueños con estrechos lazos
Cuelga el vulgar errado desvarío.
Cubren sus negras sombras á pedazos
El fiero Lerna de intratable hrio,
Horribles monstruos, espantosas fieras,
Scilas, Harpias, Górgones, Quimeras.

Nace de aquí la misera ribera,
Donde jamás la cara de Latona
Acompañó la triste primavera,
Que sus funestos árboles corona;
En el desierto campo reverbera,
No blanca luz del alba que pregona
La venida del sol, sino vislumbre
De aquella eterna y justa pesadumbre.

Sobre la negra arena su corriente
Las turbias aguas últimas dilatan;
Deseñando el curso diligente,
Sus agostados límites maltratan;
Espesa niebla del humor caliente,
Que las ardientes minas arrebatan,
Obscurece las funebres orillas,
Sin que el fuego de luz pueda vestillas.

Sola una rota barca se descubre,
Que el vómito importuno de la arena
De negras ovas sus costados cubre,
Y el agua en ellos su furor enfrena;
Su antiguo ser con igualdad encubre
El turbio cieno, que a perder condena
La prolongada fábrica su forma,
Y en un inculto leño la trasforma.

En ella muestra, en su gobierno cierto,
Con fiero aspecto el rígido Caronte,
La barba inculta y el cabello yerto,
El cuerpo igual á un erizado monte;
Era la frente en desigual concierto
De los ardientes ojos horizonte,
Y un roto y negro manto que tenía,
La espalada montuosa le cubría.

«Con el nudo cuento que gobierna,
Los divididos límites abarca,
Y rige presto en la jornada eterna
Sin vela y rémos la desbecha barca;
Al paso llega, y de su arena tierna
Los desnudos espíritus embarca,
Y de la orilla, que cansado mide,
La trabajada vara le despide.»

Era infinito el número lloroso
De aquellos desdichados pasajeros
Que viendo el duro tránsito forzoso,
Repiten sus lamentos postrimeros;
Jamás alcanzan placido reposo
Del viejo los helados miembros fieros,
Porque apenas descansan, cuando vienen
Almas que al aire el ímpetu detienen.

«Cual de palomas nube matizada,
Que con doradas plumas y ligeras
El aire surca, y logra acelerada
Las últimas reliquias de las eras,
Así, en banda veloz desordenada
Coronan las tristísimas riberas
Los cansados espíritus, que el suelo
Cubren, dejando el trabajoso vuelo.»

«Del nuevo paso atónitos se miran:
Unos se embarcan, otros se aparejan;
Si aquellos llegan, otros se retiran,
Los unos buscan, y los otros dejan;
Los mas osados tímidos suspiran,
Todos, al fin, de su dolor se quejan;
Y en mal tan fuerte es desdichado medio
Tener el no esperarle por remedio.»

Suspense tiene en la región obscura
A Enrique invicto el trágico concurso,
Y osado luego dividir procura
De las fatales aguas el discurso;
Daba el valor en la quietud segura
Dormida fuerza al presuroso curso,
Mas el errado paso desengaña
La niña, que le aduerme y acompaña.

«¿Dónde, guerrero generoso y fuerte,
Sin mí, le dice, intrépido caminas
A ser igual en la precisa suerte
Con las eternas miserables ruinas?
¿No sabes que por mano de la muerte
Las fugitivas sombras peregrinas,
De la prision del cuerpo desatadas,
Pasan á ver sus últimas moradas?»

«Por santa ley divina irrevocable,
Contra el engaño, el vicio y la malicia,
Aquí su tribunal inexorable
Fijó con fuerte brazo la justicia.
Si en la confusa vida miserable
El acero oculto blanda y propicia,
Aquí desnudo sin piedad condena
Injustas culpas á su eterna pena.»

«Otro es el campo, y otra la ribera,
De angélicos racimos coronada,
Que los despojos últimos espera
De tu gloriosa vida fatigada;
Allí la eterna y dulce primavera;
De las divinas manos fabricada,
Segura muestra del estío ardiente
Al tiempo ceno su dorada frente.»

«No de trabajos importuno viento
Perturba los divinos resplandores,
Mas con alegre y blando movimiento
Mueve la paz sus agradables flores;
Aquí les dió su verdadero asiento
A los robustos fuertes vencedores
Que al bien eterno hacer violencia tratan,
Y al reino de los cielos arrebatan.»

«¿Qué gente es esta, que en la orilla triste,
Replica el invencible Celtibero,
Por no pasar tan lastimada insiste,
Y en vano clama al sordido barquero?»
«Basta, responde, que furiosa viste
Medir el paso por su mal postrero,
Diréte los estados, los delitos,
A las eternas cárceles precitos.»

«Un mal gobernador la barca pisa,
Que fué del siglo escandalosa queja,
Tirano fiero con alegre risa,
Lobo en los dientes y en la piel oveja;
Aquí padece, y á ninguno avisa
De cuantos ciegos en peligro deja.
¡Oh justa permisión en desconciertos,
Que hacer pudieran despertar los muertos!»

«Maló al segundo, que tras él se ofrece,
La infame confusión de su deseo,
En cuyo efeto la verdad perece,
O muda mas figuras que Proteo;
Si con el llanto eterno que padece
Pudiera conseguir su devaneo,
Con mucho gusto su ambición bajara
Al centro obscuro donde agora para.»

«El blanco aspecto, tierno y regalado,
Con amorosa y fragil osadía,
Es de un lascivo amante desdichado,
Que vió el engaño en su postrero día.
¿No ves cómo revuelve al diestro lado
Y busca la querida compañía,
Cuya memoria con piedad celebra,
Y entre sus tristes lágrimas requiebra?»

«Luego le sigue Tais, que convida
A la prision de amor y sus engaños
Con dulce vaso, gente inadvertida
Del tierno agravio y apacibles daños.
A muchos engañó su corta vida,
Y en flor seco sus malogrados años,
No el ciego de la edad, sino la suerte
Que amó sus ojos, y escuchó su muerte.»

«Aquel confuso número, que aguarda
Del triste bosque en los oscuros leños
La pasajera máquina que tarda,
Son locas mozas y engañados viejos.
La necia madre temerosa guarda
A quien con insolencias y consejos
Dejó perder cuando enfrenarla pudo;
Aquí la llora espíritu desnudo.»

«Es infinito el trágico proceso
De culpas de personas y naciones,
Que las arrastra misero suceso
A ver la confusión destas regiones:
No quieras mas noticias, pues con lieso
Que en parte me atormentan sus prisiones;
El gran dolor la resistencia excede,
Y viste cuanto el cielo te concede.»

Esto diciendo, sin respuesta parte,
Y el manso viento con furor despide;
De paso sigue el espantado Marte,
Y el suelo estéril presuroso mide:
Dejan el monte á la siniestra parte,
Que al turbio curso la corriente impide,
Y haciéndole seguir su espesa falda,
Ciñe á su negra frente de guirnalda.

Por nuevos campos, libres de congojas,
Donde en las verdes ramas y sombras
Hacen espejo de cristal las hojas
Del manso curso de las aguas frías,
Las tiernas flores, amarillas, rojas,
Que el avariento curso de los días
Suele agostar con abrasada diestra,
Aquí su alegre primavera muestra.

Llegan del sueño á las confusas puertas,
Por donde sus quimeras fabulosas
Suben al cielo, hallándolas abiertas,
En breves horas de silencio ociosas;
Por la de duro enerno van las ciertas,
Y por la de marfil las mentirosas:
Salen por esta, y llegan al camino
Del conocido albergue mas vecino.

Requiere con presteza el aposento
Despierto Enrique, y con turbadas quejas
Le dijo en tan injusto apartamiento:
«¿Por qué de mí tan sin piedad te alejas?—
«Aunque con mudo y triste sentimiento,
La Maga dice, en soledad me dejas,
Contigo va la voluntad tan firme,
Que de tí no es posible dividirme.

«Después de larga y peligrosa guerra,
De Alfonso el lauro se vera logrado;
El cielo sigue y el temor destierra,
Verásle eternamente coronado;
Francesas lises besarán la tierra,
Y á su gloriosa fama dedicados,
Verán sus cuellos en fatal coyunda
Con vil cadena y humildad profunda.»

Así acabó, y el hijo de Fernando
Al campo vuelve, que en confusa junta
Su gente algun peligro recelando,
Ni duda, ni asegura, ni pregunta;
Y en el caballo alarbe ejercitando
Su duro oficio, la causada punta
Hizo que con ayuda de las riendas
En breve viese las amigas tiendas.

CANTO III.

ARGUMENTO.

Recibe Juana al fuerte Paradino,
Que trujo armada gente de Lorena,
Y refiriendo el caso peregrino
De Alfonso en Ponza, se acabó la cena.
Gran turbación en todos sobrevino
De estar Gaeta en posesion ajena
Y ver en ella al español guerrero,
Siendo Lisaura el triste mensajero.

En tanto que las fuerzas celtiberas
Los muros altos de Gaeta oprimen,
Y al son confuso de sus armas fieras
Del monte inculto las cavernas gimen,
De Nápoles coronan las riberas
Cantones diestros, que el acero esgrimen,
Regidos por el fuerte Paradino,
Que de Lorena á defenderla vino.

Fué Paradino Iorenés valiente,
Constante amigo de las lises de oro,
Caudillo osado de su altiva gente
Y atento celador de su decoro.
Juntó tres mil guerreros diligente
Con excesiva mengua del tesoro,
Que pródigo gastó su duque astuto,
De Italia siendo perdicion y luto.

En muda paz la confusion se puso,
Y la gallarda gente dividida,
Fué del acuerdo popular confuso
Con públicos aplausos recibida;
Mas luego en orden, observando el uso
Que guarda la milicia prevenida,
Con lento paso y ordenado espacio
Llevó sus escuadrones á palacio.

Llegó á la sala Paradino en tanto,
Ceñido de la plebe y la nobleza,
Siendo del vulgo generoso espanto
De su conforme cuerpo la grandeza;
Mostraba airoso un dilatado manto,
Pendiente de la altiva gentileza
De los distantes hombros, que descubre,
Besando el suelo, que sus puntas cubre.

Entre brocados de escarchadas flores
Que las paredes blancas adornaban,
Cuyos relieves, venas y labores
Del tiempo los pinceles afrentaban,
Sobre distintas sedas de colores,
Que pérsicas alfombras matizaban,
Pisando su inventada primavera,
La reina Juana al Lorenés espera.

Suspensa aguarda la culpada Juana,
Viendo en Italia los temidos godos,
De Anjous la injusta sucesion tirana,
Dudosos muchos, y revueltos todos.
Su fe perjura la promesa vana
Soldar pretende por diversos modos,
Y ve medrosa en tan confusa duda
Que cada cual por su interés le ayuda.

En esta triste y congojosa lucha
Llora entregada á principios extraños,
A todos ruega y cautelosa escucha,
De todos teme prevenidos daños;
Reprime á veces su insolencia mucha,
Mas no contrasta su ambicion y enganos,
Y en tal estrecho, si el dolor lastima,
Tambien la falta de remedio anima.

Después que los forzosos cumplimientos
Al huésped dieron natural licencia,
Habiéndose ocupado los asientos
Con su ordinaria y justa diferencia,
Teniendo á todos el silencio atentos
Con mayor suspension á su elocuencia,
Que en el patrio Senado vió el Latino,
Así empezó diciendo Paradino:

«Temida Reina, que de Hesperia toda
Lo mas fecundo con imperio riges,
Y á tu querer preciso se acomoda
Cuanto con armas vencedora afliges,
Y en mar y tierra la insolencia goda
Con mengua inflame oprimes y corriges:
Conmigo de Lorena á defenderte
Las armas vienen de su Duque fuerte.

«Y si atreverse puede el que es vasallo
A tanta gloria y majestad sagrada,
Aunque revuelta de tiranos hallo
Tu patria sediciosa y alterada,
Con armas, desarmado, á pie, á caballo,
En mar, en campo, en muro, en estacada,
En tu defensa ofrecere la vida,
Que está de mis promesas ofendida.

«No pienses que del hijo de Fernando
Las rojas bandas y el acero temo,
Y ver diviso el reino, amenazando
A Italia triste funeral extremo;
Pues no tendra su gente, peleando,
Hierro en el campo y en las aguas remo,
Que en mar y tierra mi furor resista,
Con vergonzoso fin de su conquista.

«Así, le dice, de tu brazo espero,
La hermosa Reina con fingido brio,
«Oh, nuevo Alcides, inclito guerrero!
De quien mi reino y libertad confío.
Desnude Alfonso el vencedor acero
Que tiño del Ibero el curso frio
Con sangre alarbe; que afrentado y bto
Veré su dueño entre mis lanzas roto.»

Esto diciendo, de marfil y plata
Dejó el vestido asiento de relieves,
Que de sus patrios heroes retrata
La antigua gloria con figuras breves.
El pueblo circunstante se desata;
Gimio la sala, aunque con pasos leves;
Todos procuran ver cómo se ordena
La pródiga opulencia de la cena.

Asiento á todos con industria rara
Distintamente estaba prevenido,
Cuya labor sin confusion declara
Curiosa mano con marfil bruñido.
Sentóse Anjous, y con alegre cara
La Reina, al capitán agradecido
Sentóle enfrente, por dejar exenta
La sola cabecera en que se sienta.

Ceñida de rubies y diamantes
Con varios lazos el desnudo cuello,
Mostrando entre maticos y volantes
El dulce fuego su alabastro bello.
De perlas, á sus dientes semejantes,
En crespas ondas coronó el cabello,
Que pudo ser segundo testimonio
Del loco amor y perdicion de Antonio.

No vió de egipcias damas adornadas
Cleopatra sus mesas insolentes
Con vulgo mas hermoso de criadas,
En patrias y colores diferentes.
Las unas en servir apresuradas,
Las otras con acuerdo negligentes,
Mostraban blandamente su hermosura,
Neutral entre el bullicio y la mesura.

El buril formador de la vajilla
Labró en el oro troncos y guirnaldas,
Que adornan con suspensa maravilla
Racimos de zafiros y esmeraldas.
No haña el Indo por su rica orilla
Ni ve Ceilan en sus copiosas faldas
Mas piedras escondidas en sus venas,
Que aquí se ven de resplandores llenas.

Compiten sus reflejos con el techo,
Donde el Oriente trasladó sus minas,
Colmando el gusto en el prolijo trecho
Las mesas con delicias peregrinas;
Cuanto del monte el enramado estrecho,
Las aguas del Sebeto cristalinas
Y el mar soberbio esconde en su tesoro,
Servia á la ambicion en grillos de oro.

Lo mas remoto con destreza aplica
Al torpe exceso, que sin ley regula;
La vanidad tirana sacrifica
Al vientre los manjares que acumula;
Las cautas asechanzas que fabrica
Con vano estudio la ingeniosa gula,
No pueden contrastar en tierra y cielo,
Ligera fuga ni apartado vuelo.

Las ramas, que con pródiga costumbre,
Por mas que ajenos brazos se lo impiden,
Rendidas á su dulce pesadumbre,
De los paternos troncos se dividen,
Las mesas con debida servidumbre
Colmando adornan y ocupando miden,
Con tan varias ofrendas, que desiertos
El sol bañaba sus nativos huertos.

Miraba en campos de oro sus tributos,
Que en secas eras hospedó el estío
Aliva Ceres, y sus blancos frutos
La nieve afrentan del invierno frio.
Si de oro fueron, si de plata, enjutos
Del verde humor, si en canecio su brio,
A sus pasados meses los retrata,
A junio en oro, y al agosto en plata.

Levanta el vino alegre licencioso
Espumas canas en las anchas copas,
No menos que en el lago proceloso
Los remos fuertes y las altas popas.
Cantaba en tanto Licidas famoso
Con plectro grave, emulacion de Jopas,
No el sol errante ni la menestra luna,
Sino de Alfonso y Juana la fortuna.

«Calla, le dice lastimada y triste
La hesperia Reina con turbado gesto,
Suspende el daño que en mi pecho hiciste,
A voz y cuerdas por su mal dispuesto.
Mis patrios campos de españoles viste,
El muro asalta de Gaeta, y presto
En Nápoles hará las mismas pruebas,
¿Y tú cantando mi dolor renuevas?»

Todos se miran, sin que nadie evite
La muda suspension por largo rato;
En mesas y atrios el temor repite
Dudosas nuevas al comun recato.
En breve espacio se acabó el convite,
Cesó la ostentacion y el aparato,
Quedó el silencio, enmudeció la pieza,
Y así á romperle Paradino empieza:

«¿Qué turbacion ó qué imprudente miedo
Tu pecho asombra y mi furor enciende?
Perdona; oh Reina! si en hablar excedo,
Pues tu quietud mi libertad pretende.
Desta nobleza asegurarte puedo,
Y ella lo mismo de mi pecho entiende,
Que armada piensa, aunque se oponga Marte,
Poner en Zaragoza tu estandarte.

«Este terror del Árlico hemisferio,
Soberbio por sus armas y blasones,
Le vió Milan con diferente imperio
Pisar sus calles y arrastrar prisiones,
En ellas con indigno cautiverio
Sujetas vió sus bandas y pendones,
Cuando de sangre y prendas españolas
Sintió el Tirreno fatigar sus olas.

«Quien como yo de su desdicha sabe
Los mas ocultos trances que pasaron,
Testigo soy que en su cadena grave
Tus flechas ciegamente me acertaron.
Mi libertad perdí en aquella nave,
Que con cuatro galeras me robaron
Corbera astuto y mi enemiga estrella,
A vista de las popas de Marsella.—

«En tales brazos hallará recurso
(Responde Juana) mi infeliz carrera:
Cuéntame en tanto su fatal discurso,
Sus presos reyes y tragedia fiera.
La hermosa luna de su helado curso
Alegre pisa la estacion primera;
Sin miedo empieza, que olvidado agora
El sol reposa de su amada aurora.»

Callaron todos, y moviendo el labio,
Así le dice el extranjero Eneas:
«Si puede ser aliento de tu agravio
El triste caso que escuchar deseas,
Si cabe en tal dolor consejo sabio
O fiel presagio que cumplido veas,
Empezaré: con armas insolentes
Turbaba Alfonso tus seguras gentes;

«Los muros combatia de Gaeta,
Que estaba á sus ofensas prevenida,
Su osada gente, que el mayor planeta
Tenia en varias tiendas recogida.
Llegó afrentando la veloz saeta
Una barquilla, al soplo agradecida,
Besó la parda arena, que pisaron
Los que del borde en ella se arrojaron.

«Corrió la plebe atónita y curiosa,
Formando corros en confusa junta;
El discurrir cansado no reposa
Y el mas atento, por hablar, pregunta.
Creciendo la molestia licenciosa,
Alfonso experto con temor barrunta
Alguna sedicion, que justamente
Temer se puede en agregada gente.

«Apenas los umbrales de la tienda
Tocaron, apartando á quien la guarda,
Cuando el uno al temor cogió la rienda,
Soltándola á la voz medrosa y tarda;
Y por romper la popular contienda,
Al Rey, que del suceso el fin aguarda,
Dijo, callando el vulgo alborotado,
Del nuevo caso que esperó forzado:

«Invicto Alfonso, con osada muestra
Las olas doman del airado Egeo
Soberbias naves, que á tu frente diestra
Agora ofrecen inmortal trofeo.
Opuesto el ginovés á la siniestra
Fortuna, que amenaza su deseo,
Vengar desta ciudad quiere la injuria
Con blando ruego ó con armada furia.

«Glorioso en armas Axarete oprime
La juventud gallarda, que corona
Las altas popas, que besando gime
El mar sujeto al cerco de Latona.
Su intento loco vencedor reprime;
Castiga la insolencia que le abona;
Verán sus corvos pinos mal seguros
La inútil resistencia de los muros.